

MARÍA ELENA HIGUERUELO, *LOS DÍAS ETERNOS*, MADRID, EDICIONES RIALP,
2019, 80 pp.

PAULA FERNÁNDEZ VILLALOBOS
Universidad de Granada

Los días eternos —galardonado con el Premio Adonáis en su 73a edición— es el segundo poemario de la autora, natural de Jaén, María Elena Higuieruelo (1994). En esta ocasión, Higuieruelo reflexiona sobre el paso del tiempo, iniciando una búsqueda incesante en los recovecos del pasado que siguen actuando con imperiosidad en un presente de madurez y crecimiento existencial. Así, la honda mirada dirigida hacia su niñez y adolescencia nos deja entrever esa incertidumbre hacia un futuro que, claramente, no podría existir sin este deambular lento por su presente y pasado. La introspección, ese foco de luz suave y tenue que ilumina su memoria, deja entrever un estilo y mundos propios que evolucionan a la par de su creadora.

El libro se encuentra estructurado en cuatro partes, además de un poema a modo introductorio y otro de cierre. Todo concierne a la historia —personal e im- personal— que rodea al sujeto. No solo recorreremos el proceso madurativo del yo,

sino que, a través de constantes alusiones, se entremezclan la Antigüedad: «la descendencia de los hijos de Adán, / o ser el sueño de un gigante» (p. 17) y la modernidad: «Un día crecerás y algunos hombres / escribirán sobre tu gesto melancólico; / dirán *She has a lovely face* al ver / en Instagram una foto de tu espejo» (p. 19). A este cóctel también se suman numerosas referencias al mundo clásico, pues Platón aparece al comienzo de cada nueva sección a modo de guía para la poeta, que se sirve de inspiración de diferentes pensamientos filosóficos extraídos del Libro VII de la República. De este modo, Higuieruelo alcanza ese horizonte personal —que no ajeno— que nos invita a disfrutar de la felicidad que nos brinda nuestro día a día a pesar del peso de la incertidumbre de tiempos pasados y futuros: «Pero estoy viva y celebro / esta herida que es testigo» (p. 71).

Asimismo, esa misma incertidumbre vela por los versos del libro como un

fantasma. Ante el desconocimiento de una nueva etapa vital y la irrupción de un amor cargado de intensidad, el sujeto lírico se atormenta con interrogantes de los que poco a poco obtiene respuesta. La duda ante estas cuestiones significa para Higuieruelo detenerse, un reposo al tiempo para poder pensar y dar una oportunidad a su verdad, que se encuentra «*half sick of shadows*» (p. 19) — como diría el poeta inglés Alfred Tennyson en su famosísimo poema artúrico «La dama de Shalott» de 1833, que la misma Higuieruelo retoma en su obra e incluso da título a una de sus composiciones — y completamente nublada: «También la duda vendrá, / como lo han de hacer todas las cosas, / y en la imposición de su sombra instará / a decidir, llegado el momento» (p. 41). Tras cierto dolor ante el desconocimiento, el yo decide permitirse el beneficio de la duda: «No importa cuánto duela: / hay que esculcar en la herida» (p. 49), una vez descubre que tan solo la luz del amor consigue disipar la sombra de su indagar: «Amor, yo repudio / el pasado y el porvenir / por este instante contigo» (p. 37); «Resolveré entonces pisar / a los fantasmas del futuro / sostendré fuerte tu mano, / querido hacedor de miniaturas, / porque solo a tu lado puede / aflorar la otra que soy yo» (p. 42).

La obra articula un continuum dentro de un proceso de desarrollo, donde la identidad y la memoria se erigen como dos pilares clave: «surgirá un cuerpo inédito, / nueva materia sensible / capaz de contemplar la vida / como una verdad revelada, sin atavíos ni imposturas» (p. 62); «El lugar ideal es la memoria» (p. 75).

Prueba de todo esto es el poema final, titulado «Noche blanca», el cual demuestra el *súmmum* del yo poético dentro de esta ardua andanza: «y olvidada de mí -solo de mí- / mirar los ojos que han de elevarme / para atisbar por fin el mundo» (p. 71). Las fuerzas temporales han librado una batalla épica dentro del sujeto para conformar tanto lo que ha sido, lo que es y será en un futuro. Frente a esto, Higuieruelo nos manda un mensaje positivo y cargado de esperanza: «Cuando pasado y futuro se fundan / en el instante —afilado hilo de luz— / brotará la flor que descierga / la puerta de los días eternos» (p. 76), invitándonos a confiar plenamente a ojos cerrados en la aventura y belleza de un devenir incierto.

Los días eternos refleja la evolución personal de un sujeto lírico que — al igual que Penélope — teje y desteje los hilos de su memoria, uniéndolos con intensidad a su coeternidad. Un viaje por las épocas de una voz lírica que nos invita a conocer su historia y a reflexionar sobre la nuestra propia con delicadeza, ingenuidad y elegancia. Por consiguiente, es este un poemario cargado de brillantez, donde se aprecia una construcción poemática repleta de elementos culturales que trascienden toda temporalidad y pensamiento. En suma, nos enseña que es necesario echar la vista atrás siempre que queramos continuar hacia adelante. Porque ya lo decía José Manuel Caballero Bonald: «Somos el tiempo que nos queda», y nos queda bastante claro que los versos de Higuieruelo, además de construir el presente de la poesía actual, son inmortales.